

ÁNGELA PUNTES
JOSÉ IGNACIO VILLACAMPA

EL MULADAR

Un lugar tranquilo no siempre es un lugar seguro.



UNIVERSO
LETRAS



Muladar:

«2. Adm. Sitio especialmente diseñado y regulado por las leyes para depositar cadáveres y despojos de piezas para alimentación de aves necrófagas y como alternativa a su obligatorio tratamiento técnico sanitario de incineración o destrucción bioquímica. También se denomina muradal».

Dpej.rae

Índice

Capítulo 1: La tormenta 13

Capítulo 2: La forastera 29

**I: Tsárskoye Seló : (cerca de Leningrado, actual San
Petersburgo) 21 de septiembre de 1941.....43**

Capítulo 3: El molino de aceite 47

Capítulo 4: El cabrio 59

**II: Tsárskoye Seló: (cerca de Leningrado, actual San
Petersburgo) 25 de septiembre de 1941.....79**

Capítulo 5: La huésped..... 83

Capítulo 6: Las miradas cruzadas 105

**III: Königsberg - Prusia Oriental (actual Kaliningrado) 30 de
julio de 1944 129**

Capítulo 7: Vladimir Tarakanov 133

Capítulo 8: La confesión más íntima 149

IV: Budapest - Hungría 17 de octubre de 1944 159

Capítulo 9: Un silencio atronador	167
Capítulo 10: Un viento del este.....	185
Capítulo 11: La propia naturaleza.....	199

V: Despacho del mayor Schneider: Berlín - Alemania 23 de octubre de 1944..... 211

Capítulo 12: La fotografía.....	217
Capítulo 13: Padre e hijo	231
Capítulo 14: Atando cabos.....	239

VI: Estación de ferrocarriles de Berlín - Alemania 10 de noviembre de 1944.....251

Capítulo 15: Bella Rosa	255
Capítulo 16: El dron	267
Capítulo 17: El corrupto	275

VII: Estación de ferrocarriles: Lyon - Francia 12 de noviembre de 1944..... 291

Capítulo 18: Del amor y de la culpa.....	295
Capítulo 19: La cueva del buitre	305
Capítulo 20: El secreto.....	323

VIII: Estación de Canfranc - España 14 de noviembre de 1944.....333

Capítulo 21: Las entrañas del diablo	339
--	-----

IX: Despacho de Klaus Müller, agregado comercial de la embajada de la confederación helvética Berlín - Alemania 24 de octubre de 1944.....379

X: Estación de ferrocarriles: Berlín - Alemania 10 de noviembre de 1944.....385

Capítulo 1

La tormenta

Vega movió levemente el dedo índice de su mano izquierda. De todas las partes de su atlético cuerpo, esta era la única que respondía realmente a sus órdenes. Esa fuerte y repentina impresión activó instintivamente la parte más racional de su cerebro, con el urgente propósito de mantener a raya la sensación de pánico que le sobrevino. Cuando por fin consiguió abrir ambos ojos, su pelo oscuro, largo y húmedo, cubría la mayor parte de su rostro, impidiéndole siquiera entrever un poco lo que tenía delante.

Su cabeza estaba girada hacia la derecha y cerca de sus fosas nasales había algo sanguinolento y húmedo que apestaba. El fuerte hedor que emanaba de todo aquello le provocó unas enormes náuseas, que consiguió contener a duras penas para no ahogarse en su propio vómito. La respiración de la muchacha era lenta, débil e inaudible como si pendiera de un hilo invisible y frágil.

Fue en ese preciso instante, mientras le faltaban las fuerzas para controlar las arcadas que se sucedían incontroladamen-

te, cuando Vega se dio cuenta de que el resto de su cuerpo estaba muy mal herido. Apenas podía moverlo un ápice.

Esa era la cuestión, «¿dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué lugar era ese?». La muchacha se hallaba en una extraña postura, como si la hubiesen lanzado al aire y dormida hubiese caído a plomo sin ningún instinto de amortiguación. Desde el cielo, a vista de pájaro, parecía una vieja muñeca soterrada entre despojos.

Vega dejó escapar las lágrimas de dolor que le sobrevinieron al moverse. Tras varios e infructuosos intentos la muchacha volvió a quedarse quieta, mientras todos sus sentidos trataban de obtener la mayor información posible de un modo absolutamente instintivo.

Todo era un caos. Por ejemplo, le era imposible comprender de dónde procedía el intenso olor a ozono y tierra húmeda, que extrañamente se mezclaba con su perfume favorito Coco Mademoiselle. Tras una respiración claramente superficial, luchó por no perder los nervios, contener el dolor generalizado y avivar los oídos al máximo.

Desde donde se encontraba, probablemente un lugar a medio camino entre la intemperie y el resguardo, se escuchaba el amenazante sonido de los truenos. Entremedio de la densa oscuridad que la envolvía Vega podía entrever el magnífico reflejo del rayo que los precedía.

La joven comenzó a contar mentalmente los segundos que pasaban desde que veía la luz en el horizonte hasta que se escuchaba el atronador sonido posterior, y el resultado lo dividió por tres.

Vega permaneció quieta y con los ojos cerrados mientras calculaba la distancia de la tormenta, nueve kilómetros.

Cuando Vega era una niña de no más de cinco o seis años, había padecido brontofobia. La mayoría de los niños habrían superado esa fobia sin más, pero ella que tenía una natura-

leza avispada y una personalidad excesivamente curiosa, se había interesado en años posteriores por las tormentas para entender los fenómenos meteorológicos que tanto la habían atemorizado durante su niñez. Pero este solo había sido uno de los muchos indicios de su fuerte personalidad y de la enorme capacidad para aprender todo tipo de cosas que secuestrasen su atención. Cuando la pizpireta niña se enfocaba en un asunto, no lo soltaba hasta estar segura de que lo dominaba suficientemente.

Atlética y vivaz, su inteligencia e innata curiosidad por todo lo que la rodeaba convivían con su enorme energía. En consecuencia, cuando llegó a la adolescencia, si no estaba investigando algún asunto considerado de adultos, estaba probando cualquier actividad de riesgo que le proporcionase un buen subidón de adrenalina.

La pequeña Vega había demostrado poseer también un don de gentes muy superior a su edad cronológica, además de un gran potencial para integrarse en los grupos más heterogéneos que uno pudiese imaginar.

Sin embargo, pese a poseer todas esas cualidades sociales, lo que más le gustaba a la Vega adolescente era ir a su bola y desaparecer en su propio mundo cuando menos lo esperabas.

Todo en ella había sido siempre intenso y dual, algo que a menudo dificultaba el apego. Tanto es así, que su crianza no había resultado nada fácil para su madre, que en aquellos años y por estrictos motivos de trabajo, a duras penas podía hacerse cargo de ella.

La peculiar personalidad de su hermosa hija única a menudo complicaba la rutina escolar de cada día.

Vega aprendía enseguida y sin dificultad cualquier idioma que se propusiese, y le gustaba jugar a mezclarlos. El ruso con el español era su pasatiempo favorito. Podía elegir entre una gran cantidad de adjetivos descalificativos cuando se en-

fadaba con sus compañeros, y estos permanecían pasmados sin saber si debían o no enojarse.

La joven solía aburrirse en clase muy a menudo, y esto no solo se reflejaba en su falta de interés, sino también en sus resultados académicos, que tras un corto periodo de tiempo de iniciado el curso escolar, siempre caían en picado en cuanto la novedad del principio del nuevo año había pasado.

Consiguió, no obstante, establecerse por su cuenta en cuanto cumplió la mayoría de edad, y no tardó en buscarse la vida lejos de su pequeño círculo familiar.

Se licenció en Ingeniería Aplicada a Nuevas Tecnologías, mientras cursaba a su vez el grado de Física en la universidad de su ciudad natal. Durante aquellos felices años universitarios, Vega obtuvo distintos logros deportivos que la llevaron a conquistar espacios que muchos considerarían departamentos estancos masculinos, razón por la cual Vega sentía una atracción incluso mayor, y se esforzaba con más ahínco.

El triatlón había sido su especialidad durante el último año universitario, reportándole más de una medalla de oro, que nunca se molestaba en recoger.

Cuando Vega salió de la Facultad de Ingeniería, muchas empresas de desarrollo tecnológico y agencias de todo tipo dependientes del Estado la tenían en su punto de mira. Pero ella se iba a tomar su tiempo, antes de decidirse por alguna opción. Así que poco pudieron hacer para conquistar con promesas a la joven licenciada.

Ahora, hoy, en este justo momento, Vega se encontraba más sola que nunca en medio de no se sabe qué parte del mundo, ni por qué motivo. La mezcla de sudor y temblores incontrolados que no cesaban desde hacía un rato largo comenzó a ocasionarle una angustiosa falta de respiración.

Vega se quedó de nuevo inconsciente, allí, en un lugar en medio de la nada, envuelta por una noche atravesada de norte a sur por una fuerte y espectacular tormenta, que ahora sí, se alejaba despiadada hacia el norte.

Exactamente en ese húmedo lugar de no se sabe dónde se encontraba ella, una mujer joven, una mujer fuerte, luchando de nuevo por su vida.

¡Ki kirikiiii! El gallo Serrano de la familia Gómez está como cada mañana subido a la valla de madera que divide el interior del viejo corral. Se toma su tiempo de cacareo, para que quede claro quién es el dueño de ese pequeño territorio amurallado. Cuando termina su exhibición, extiende sus rojizas y delicadas alas y da un salto hacia el comedero.

Rosa está ya trajinando en la cocina cuando el gallo Kiriko se extrema más de lo habitual con su canto esa húmeda mañana. La mujer se ha puesto un mandil limpio comprado en su última visita a Ikea y va por la casa de un lado a otro, faenando a buen ritmo. Su pelo castaño claro va recogido en una trenza y, aunque es mujer de campo, no deja de aplicarse cada día crema hidratante sobre el rostro, brillo en sus sensuales labios y varias vaporizaciones de un suave perfume floral. Rosa le hace un claro guiño al paso del tiempo y por su aspecto se diría que lo engaña. Puede que su trabajo diario no requiera de ese acicalamiento, pero ella ya era muy femenina antes de casarse con Sebastián y no quiere olvidarlo.

Cuando el reloj de pared dé las siete y media en casa de los Gómez, su marido volverá de atender a las reses, y para entonces, a Rosa le gusta tener el desayuno caliente y los labios suaves para darle los buenos días.

En ocasiones intercambiaban los roles, y es su marido el que se queda en la casa realizando los quehaceres propios del hogar y ella la que sale a dar de comer a los animales y se ocupa de otras tareas, tales como la venta de los recursos que genera la granja. Si lo hacen así no es porque lleven exactamente lo que se podría considerar unas tareas rotatorias, sino porque la granja es exigente y ella quiere estar preparada para lo peor.

Rosa siempre ha sido así de precavida. Por pura iniciativa o por mera naturaleza, lo cierto es que ni ella misma sabría la razón.

Hoy, apenas empezada la primavera, era uno de esos días en los que los cónyuges se rotan y ella se ocupa de los animales.

A pesar de ello, cuando Rosa ha escuchado a Kiriko por primera vez y se ha incorporado, Sebastián la ha vuelto a tumbar en la cama, con cierta e inusual brusquedad y sin darle muchas explicaciones le ha dicho:

—¡Quédate!, voy yo.

A Rosa le ha extrañado el modo poco amable con que lo ha dicho, «no es propio de él», piensa.

Sebastián es un hombre tranquilo, alto para la zona, enjuto, pero de complexión atlética, a quien le gusta su granja, la caza y montar en bicicleta. Y todo por ese estricto orden.

Suena a locos que después de jornadas agotadoras con los animales y trabajando en sus campos, siga teniendo ganas de hacer más ejercicio, pero él es así de persistente.

Cada domingo después de adecentar a los animales, Sebastián coge su bicicleta y se marcha durante unas horas a lugares nunca prefijados. Y eso es exactamente lo que parece que hizo ayer. Dichos paseos sin rumbo fijo le permiten es-

caparse sin explicación previa por hermosos parajes, o simplemente evadirse.

Pero hoy es lunes. Por eso, cuando Rosa mira a través de los cristales empañados de la cocina y lo ve venir en bici, le resulta extraño.

Ese pensamiento es fugaz, tanto como los besos que le da Sebastián cada mañana desde hace un tiempo. Así son las cosas en la familia Gómez. Ella, una romántica empedernida que por casualidad nació en ese pueblo aragonés del Matarraña, tan alejado de la mano de Dios; y él, un solitario confeso que parece haber caído cuando nació en el lugar más adecuado para él.

Rosa suspira al recordarlo y cuando escucha el golpe seco de la puerta principal al cerrarse, pone a calentar en el microondas la leche que se beberá Sebastián. Toda la estancia huele a huevos revueltos y pan caliente cuando Sebastián accede a la cocina.

En el plato pequeño hay una tostada de pan de hogaza untada con mantequilla y mermelada junto a una pieza de fruta. En el plato grande los huevos se disputan el espacio con un generoso trozo de morcilla de la zona. La morcilla tiene un aspecto extraordinario; tierna y jugosa, bien podría comerse acompañada de unas buenas migas en el restaurante del Hotel del Molino que regentan los argentinos.

En fin, en esos pensamientos culinarios estaba Rosa cuando su marido se sienta a la mesa sin apenas decir una palabra.

—Buenos días, ¿no hay longaniza? —pregunta sin más.

—Se terminó ayer. Pero la morcilla está muy sabrosa — responde Rosa buscando el beso que no llega.

Sebastián hace un gesto de insatisfacción, pero no dice

nada. Rosa se sienta a la derecha de su marido y trata de entablar una conversación lo más trivial posible, sin demasiado éxito.

Al otro lado de la ventana de la cocina los animales parecen nerviosos, aunque la tormenta hace ya un rato que se fue.

El agua que ha dejado a su paso ha sido buena para el campo; hacía mucha falta en esta zona de escasas precipitaciones. Este invierno ha sido excepcionalmente duro y seco, por eso la tierra parece querer tragársela con ansia, con la misma que hoy siente Rosa al observar a su marido mientras desayuna. Teme hacerle la pregunta, pero debe saberlo, tiene que saberlo...

Vega seguía exactamente en el mismo lugar cuando despertó de nuevo. Lo cierto es que pensaba que no sería así. Que todo habría sido en realidad un puñetero mal sueño. Lamentablemente, el intenso frío que estaba sintiendo, el hambre que tenía y el abrumador dolor que le atravesaba el tórax no dejaban lugar a dudas. Era real y su situación era confusa.

Sabía cómo se llamaba, eso podía recordarlo, pero no sabía dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí.

La muchacha intentó darse la vuelta con todas las fuerzas de las que fue capaz y esta vez sí pudo mover algo más que un dedo, pero no consiguió colocarse boca arriba. Aunque no se dio por vencida.

La ausencia de lluvia en ese momento y que hubiera algo de luz le había proporcionado tranquilidad suficiente para volver a intentarlo. No era todavía capaz de saber siquiera qué llevaba puesto. Probablemente, ese detalle le diese alguna pista, pero no podía verlo, ¿por qué no podía?

De repente, una frase le vino a la cabeza sin venir a cuento; «La fauna está hambrienta».

«La fauna está hambrienta», se repitió como tratando de encontrarle algún sentido. Tenía la frase metida en su cabeza, eso empezaba a estar claro, pero no tenía la voz que la pronunciaba.

Vega no podía ni presentirlo, tumbada bocabajo como estaba, pero el día se había quedado completamente despejado de nubarrones y un sol imponente hacía un rato que había empezado a salir por el horizonte. Las primeras aves volaban ya sobre los tórridos campos y los trigos, sedientos hace unos días, podrían ahora amarillear por el exceso de agua.

Vega comenzó a escuchar ruidos a los que antes no había prestado atención, como cánticos de pájaros que no podía identificar, grillos e incluso un lejano sonido a campana de iglesia.

Eso es, ahora sí recordaba un detalle, nimio, pero era algo; información, al fin y al cabo.

Antes de perder el conocimiento por segunda vez algo la había rozado en la cara; al principio pensó que se trataba de su pelo, aunque le recordó más al roce de una pluma o algo similar. Entonces, en su mano izquierda sintió una punzada, un tremendo picotazo.

Después escuchó la voz cabreada de un hombre, un hombre joven o tal vez de mediana edad:

—La fauna está hambrienta.

Eso había dicho y luego un ruido de algo pesado golpeando sobre, quizá, un charco. Pero nada más...

La voz se alejó de allí.

Rosa seguía en la cocina con Sebastián cuando escuchó unos pasos secos y rápidos que provenían del exterior de la vivienda y después el timbre bronco. Antes de abrir la enorme puerta de roble tallada con sobrios cuarterones y que custodiaba la vivienda desde hacía más de cien años, la mujer ya se había percatado de que eran varias las personas que los visitaban. «Demasiado temprano», se dijo.

—¿Quién será? ¿Esperas a alguien? —pronunció extrañada en voz alta mirando a su marido mientras se dirigía a la entrada de la casa.

Sebastián dejó de comer, pero no se movió, ni contestó.

Rosa era una mujer templada hasta en las ocasiones más difíciles, y se consideraba todavía joven. Conservaba una cara aniñada que ofrecía confianza inmediata a su interlocutor y que contrastaba con unos ojos enormemente verdes y rasgados que casi intimidaban. Sus cejas pobladas definían una mirada a menudo dulce, pero siempre penetrante. En general, sus facciones parecían relajadas, aunque las arrugas tempranas que aparecían ya en el entrecejo y en la frente delataban un trampantojo.

Sebastián y Rosa llevaban casados veinte años y no tenían hijos. Al principio del matrimonio todo había sido fácil. A Rosa no le costó mucho adaptarse a la vida en la granja. Su amor hacia Sebas, como a ella le gustaba llamarle, era simplemente así de verdadero. Suficiente para aguantar los sacrificios de los madrugones diarios, las contadas vacaciones y los problemas derivados de los cambios acontecidos en el mundo y en España, y que tanto empezaban a influir sobre su medio de subsistencia.

Rosa reflexionaba mucho últimamente; sobre cómo Europa marcaba los ritmos de su propia vida, sobre la inacción de España que no estaba sabiendo caminar sin perder

su único norte y probablemente parte de su identidad, agrícolamente hablando... Pero ella solo era una mujer de pueblo con poco que hacer al respecto, así que procuraba alejar toda incertidumbre que no pudiese controlar.

Casi siempre escapaba de los augurios del mundo y conseguía centrarse en los problemas de la granja.

Su marido, Sebastián, se había empeñado, pese a todos los indicios, en continuar con la crianza de la oveja ojinegra y ahora el consumo de carne había caído definitivamente en picado.

El cambio climático había creado a su alrededor una suerte de pseudosectas a las que un buen grupo de jóvenes, y no tan jóvenes, se estaban apuntando como si de un virus se tratase. Cientos de años de costumbres bien arraigadas estaban desapareciendo a velocidad de vértigo en muchos lugares de la zona. Rosa no se cuestionaba las bondades del desarrollo habido y de la necesidad de hacer cambios para proteger el planeta, pero a la vez, la vida rural nunca se había visto tan amenazada como ahora por algunos de los que en teoría querían salvar el planeta. Se apreciaba en la evolución del campo y se podía constatar en la red.

Una horda de internautas de ciudad, por ejemplo, predicaba a teclado en grito cómo había que tratar a los animales, llegando hasta el más incomprensible de los extremos. En ocasiones, eran tan intransigentes esas nuevas creencias que a Rosa le parecía que pronto se extendería con la misma intensidad y fin la idea de no traer hijos al mundo, con el superior pretexto de que iban a sufrir y a morir tarde o temprano.

Por eso a la calmada Rosa le había empezado a molestar la presencia de aquellos forasteros de postureo que no se aproximaban a la vida en el campo con auténtico respeto y

humildad.

Le deprimía el hecho de que, aunque no todos, sí algunos de ellos escapaban los fines de semana a lugares remotos como ese, no para disfrutar, no para aprender a respetar, sino para decirles a los lugareños de toda la vida cómo tenían que criar a su perro o cómo y con qué debían plantar sus huertos. Algunos, incluso los increpaban a distancia, ocultos tras el anonimato de las redes sociales, por el solo hecho de criar animales para el consumo humano.

Ella se sentía parte inseparable del campo y por eso ensalzaba sus virtudes, siempre que podía, en la red, porque pensaba que todo en internet conformaba un extraño ruido silencioso que influía a menudo para mal en más aspectos de los que debería, y, a veces, sentía la necesidad de contrarrestar ese ruido.

Rosa no podía dejar de sentir cierta tristeza. Era como si le hubiesen regalado al mundo una poderosa pero incontrolable herramienta para la libertad, con el resultado contrario; convirtiendo el mundo en la tiranía de los activistas virtuales.

Así de extrañas eran las cosas hoy en día y, en consecuencia, Rosa, que siempre había sido cordial con todo el mundo, estaba desarrollando cierta prevención hacia los forasteros.

Por eso, aquella llamada tan temprana en un lunes de buena mañana no le trajo ningún buen augurio, y, lejos de alegrarle, la incomodó enormemente.

Todo parecía fuera de lugar y esto era otra cosa más.

—¡Buenos días! —saludó la pareja de guardia civiles.

—Sentimos molestarla tan temprano —añadieron, a modo de frase aprendida por obligación.
